

# LAMENTACION

## *sobre la espantosa catástrofe*

### DE LA CIUDAD DE PASTO.



Quamquam animus meminise horret, luctuque refugit,  
incipiam. -- *Virg. En. 2.*

---

Aunque del cruel recuerdo me horrorizo,  
y mi alma se resiste à renovarlo,  
voi à cantar el tràjico suceso  
que puso fin à un pueblo desgraciado.  
Musa del sentimiento, mas que nunca,  
ahora debes mover mi triste canto,  
pues, ¿qué objeto mayor puede ofrecerse,  
ni que, como él, meresca ser llorado?  
De la discordia fiera largamente  
sufrió todo el rigor la infeliz Pasto:  
sus hijos duramente de su seno  
fueron por su furor arrebatados:  
su sangre por dò quier tiño la tierra,  
y aun se ven, desde lejos, en los campos  
los míseros despojos que la muerte  
dejó, como trofeos, amontonados.  
Pero la dulce paz, hija del cielo,  
encadenó à ese monstruo sanguinario  
en la mansion oscura del Cocito,  
y à calmar empezaban los estragos.  
O! ¡que dicha gozaban los Pastenses  
bajo la sombra de un Gobierno sabio,  
que sencible à sus males, solo quizo  
de su infelice ruina levantarlos!  
No existia ya la causa de la guerra,  
y unidos à nosotros, como hermanos,

de la concordia el himno placentero  
repetian, à la par, entuciasmados;  
mas el cielo se turba de improviso,  
al horizonte cubre un vapor craso.  
¿Què horrible ruido por el aire viene  
el terror, y la muerte presagiando?  
¿Qué dolientes acentos à mi oído  
acaban de llegar? Dios soberano,  
en tu augusta presencia yo me postro,  
no lánzes de tu diestra el fuerte rayo.  
Apiádate de un pueblo religioso  
que venera tu nombre sacrosanto:  
mitiga tu justicia y no destruyas  
riguroso las obras de tus manos.  
¿Quien puede, Ser eterno, resistirte?  
¿Quien à tu Nùmen se presenta osado,  
pues si el mundo formaste con un soplo,  
puedes con otro soplo aniquilarlo?  
Escucha compasivo los clamores  
que hasta tu trono exelso levantamos,  
pidiéndote que envaines la cuchilla,  
y que baste à tus hijos el amago.  
Ay de mí! los designios sempiternos  
jamás el hombre puede contrariarlos!  
Sigue el ronco mugido de las selvas,  
se sacuden los montes empinados,

La tierra tiembla de sus hondos quicios,  
y airada bate à la infelice Pasto!!!  
Se contemplan las ruinas por dó quiera,  
todo yace, gran Dios! hasta el Santuario!  
Ay! que horror! Ay! que gritos lamentables  
aun escucho del pueblo atribulado!  
Se descubren los restos confundidos  
del niño balbuciente, y del anciano:  
la esposa gime por su tierno esposo,  
y la madre por su hijo idolátrado.  
¡O dura situación! ¿puede mi númen  
siquiera bosquejar el triste cuadro  
de tan terrible escena que presenta  
el colmo de aflicción? Ay! me desmayo:  
mi corazón se agita, se comprime,  
desfallece mi voz, flaquea mi canto....  
En medio de la nube polvorosa  
llenos de sed, sus miembros fatigados,  
me parece los veo favoreciendo  
à los que viven aun, desenterrando  
debajo los escombros horribrosos  
los tristes restos de los sepultados.  
En este oficio lúgubre se ocupan  
hasta que el sol corriendo hacia el ocaso  
cubrió su bello rostro, pues no quiso  
presenciar por mas tiempo tal estrago.  
Se suceden las sombras silenciosas,  
la noche tiende su funesto manto,  
se redobra el dolor. He aquí la imagen  
del lamentable fin de los Troyanos.  
Noche terrible, lastimera noche,  
¡quien pudiera tener bastante llanto  
para hacerlo correr sobre la escena  
horrible de aquel pueblo infortunado!  
Tal me parece que los miro errantes,  
sin abrigo, tendidos en los llanos,  
despidiendo gemidos hasta el cielo,

llenos de confusion, llenos de puzmo.  
Todo infunde terror, el mustio silbo  
del viento, los aullidos continuados  
de los perros, las voces pavorosas  
que llaman al consorte, ó al hermano.  
Ay! cual miro una madre desolada,  
el natural temor abandonando,  
buscar entre las ruinas su hijo tierno  
que no pudo salvar en el fracaso.  
» Ay! fruto de mi amor, ¿en donde te hallas?  
» No existes, ¡o dolor! te busco en vano!  
» Te olvidé en el conflicto! ... me perdona....  
» De mi seno al sepulcro diste un paso!!  
Ella dice, y arranca sus cabellos  
con lágrimas sus ojos arrasando,  
tunde el pecho con golpes repetidos,  
y al cielo pide lo que le ha quitado.  
Una voz entre todas se distingue:  
es de un hijo que llama al padre anciano;  
¿y lo podrá encontrar? Ay! sin ventura!  
quedó bajo su techo derrocado!  
» Dulce autor de mis dias, yo te he perdido,  
» encima de mis hombros pude, acaso,  
» salvarte del peligro, y no lo hize  
» por mi vida la tuya despreciando!  
Dios eterno, cual se hallan las esposas  
que siguen al Cordero immaculado!!!  
Tus dignos sacerdotes que te ofrecen  
la víctima sagrada, en holocausto!!!  
¿En donde está su asilo, el de las ciencias  
que un patriótico zelo habia planteado?  
Todo, todo cayó, y el caminante  
puede triste decir, «aquí fuè Pasto»!!!  
Pueblo infeliz, acepta los lamentos  
que à tu postrera ruina tributamos,  
y ven à los hogares payanenses,  
dó halláreis amistad, y fiel amparo.

Popayan, 1.º de febrero de 1834.